

Populismo y neopopulismo en Venezuela

*Ricardo Alberto Rivas**

Introducción

El 15 de diciembre de 1999, uno de los peores desastres del siglo XX dejaba a los venezolanos sin los tradicionales festejos poselectorales, suspendidos en solidaridad con miles de damnificados por las lluvias torrenciales que azotaban al norte del país.

¿Qué hicieron los venezolanos para merecer esto? Absolutamente nada, pero algunos quizá hayan pensado que se trataba de una dura señal del furor divino, pues aquel día otra tempestad, *El Huracán Hugo*, había arrasado en las urnas, al obtener el 71.5% de los votos por el *Sí*, que refrendaban la nueva Constitución Nacional. Los votantes por el *No* incluía buena parte de los empresarios, de los partidos políticos tradicionales, del periodismo, de la Iglesia y ésta, como se sabe, no es una opositora desdeñable.

Hugo Chávez, quien cita permanentemente a Bolívar, quizá haya recordado que cuando en 1812 se produjo un terrible terremoto que dejó alrededor de 10.000 víctimas, la Iglesia había sugerido que el desastre era un castigo de Dios ante el movimiento insurgente de los patriotas. También es posible que

* *Profesor e Investigador UNLP-CISH*

haya pasado por su cabeza la respuesta de Bolívar: «Si la naturaleza se o pone, lucharemos contra ella y haremos que obedezca.»

Probablemente también Hugo Chávez esté dispuesto a continuar contra toda oposición el camino iniciado hace siete años, cuando era un oficial escasamente conocido en las instituciones armadas y casi nada entre las civiles. En aquel entonces, pocos tomaron en serio ese intento, pues el sistema democrático parecía consistente y aunque no dudaran que estaba en crisis, la salida golpista no parecía probable y mucho menos un triunfo electoral de los insurgentes, tal como sucedió en 1998.

Efectivamente, cuando el 4 de febrero de 1992 un grupo de militares insurrectos comandados por el teniente coronel Hugo Chávez Frías atacaron La Casona y el Palacio de Miraflores, (vivienda presidencial y casa de gobierno, respectivamente), se estaba ante un intento poco habitual en la historia venezolana del siglo XX, pues los golpes de estado han sido escasos y en sentido estricto sólo uno atentó contra un gobierno democrático.

El primero, el 19 de diciembre de 1908, cuando Juan Vicente Gómez ejerciendo la primera Magistratura en su carácter de vicepresidente, se quedó definitivamente en el cargo desplazando a su compadre, amigo y compañero de ruta, el presidente Cipriano Castro que se encontraba en el exterior.

El segundo, cuando el 18 de octubre de 1945 oficiales jóvenes del Ejército junto al Partido Acción Democrática dieron un golpe contra el Gobierno de Isaías Medina Angarita, un posgomecista que aunque democratizaba lentamente el país no otorgaba el voto directo, consigna cara a los insurrectos, tal como lo proclamaba Rómulo Betancourt, el más carismático de ellos.

El tercero, fue sí un golpe antidemocrático, ya que el 24 de noviembre de 1948 se derrocaba al electo gobierno de Rómulo Gallegos, que sucedía a la Junta Revolucionaria presidida por Bentancourt y sólo duró nueve meses en el gobierno.

El cuarto golpe de estado se produjo el 23 de enero de 1958 contra Marcos Pérez Jiménez, realizado por una coalición de partidos democráticos y las fuerzas armadas, acontecimiento que ha sido ponderado como iniciador de un proceso democrático que llega hasta la actualidad.

El intento golpista de 1992 estaba fundado en denuncias de corrupción contra el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, quien durante su primer gobierno (1974-79) había desarrollado una política populista que, a la vez que enriquecía desmesuradamente a un sector de la burguesía y de la burocracia gubernamental, aquietaba las demandas populares mediante la acción distributiva del Estado y la proyección de una imagen de líder tercermundista, antiimperialista, antioligárquico, latinoamericanista y demócrata.

Hugo Chávez fue derrotado y encarcelado por dos años pero acumuló popularidad en grado tal que en 1998 llegó al poder por elecciones libres, en las que obtuvo el 57.05% de los votos emitidos, iniciando lo que llamó una *Revolución* con un «estilo político» que algunos analistas califican como populista o neopopulista.

Presupuestos sobre el populismo

El populismo latinoamericano sigue siendo un tema de debate y lugar de desencuentro entre los cientistas sociales; sea porque los procesos a que se refiere tienen múltiples interpretaciones y valoraciones, como porque el concepto mismo dista mucho de ser unívoco. A la diversidad de definiciones dadas, algunos han optado por invalidarla como categoría analítica y por si esto fuera poco, ciertos procesos políticos recientes como los liderados por Alberto Fujimori en Perú y Carlos Menen en la Argentina se los denomina neopopulismos, como si el prefijo “neo” sugiriera una misma matriz, sólo que remozada por realidades y condiciones diferentes a los populismos “clásicos”¹.

Sucede que las condiciones diferentes lo son en grado tal que poco margen queda para demostrar un vínculo parental entre uno y otro fenómeno político, como no sea desmantelando al populismo de sus características más sobresalientes, como fueron las políticas económicas y sociales que lo caracterizaron entre los años treinta a setenta y conservando como identidad principal un peculiar “estilo político”².

No es objeto de esta comunicación exponer las distintas formulaciones teóricas acerca del populismo y el neopopulismo sino aplicar algunos de sus ingredientes al caso venezolano, incluyendo entre ellos al que hace referencia al “estilo político”, pero sin desmedro de otros que considero más útiles para el análisis, tales como las condiciones estructurales, el modelo de acumulación y el rol del Estado³.

¹ María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (compiladores). *Populismo y neopopulismo en América latina. El problema de la Cenicienta..* Buenos Aires. Carrera de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. EUDEBA, 1998.

² Kenneth M. Roberts. “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano”. En *Ibíd.* Pág. 375-407. Evelina Dagnino (org.). *Años 90: política e sociedade no Brasil.* Sao Paulo. Brasiliense, 1994. Citado por Angela de Castro Gomes. “O populismo e as ciencias sociais no Brasil: notas sobre a trajetória de um conceito”. En *Tempo.* Departamento de História da Universidade Federal Fluminense. Vol. I-nro 2. Dezembro 1996. Pág. 31-58. Alan Knight. “Populismo y Neo-populismo en América Latina, especialmente en México”. Traducido por Andrea Rosas Príncipi y Oscar H. Aelo. Cátedra de Historia General de América II. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata. Publicado en *Journal of Latin American Studies*, 30, Cambridge University Press. Reino Unido, 1998. Pág. 223-248.

³ Carlos Vilas. “El populismo como estrategia de acumulación: América Latina”. En *Críticas de la economía política.* México. Julio-diciembre de 1881. Pág. 95-147.

Inexorablemente, clases sociales y Estado constituyen categorías esenciales para esta cuestión, aunque más no sea como contexto conceptual. En efecto, el estilo del populismo es una manera de administración política del Estado, cuyo contenido y accionar no son ajenos a las relaciones existentes en la sociedad civil y es ese contexto el que sustenta el abordaje al tema, aunque en este caso se haga desde una perspectiva que privilegia básicamente dos aspectos de la realidad histórica venezolana. Uno, su sistema político; otro, la renta petrolera. Ambos tienen mucho en común en la historia venezolana del siglo XX en general, y en particular en el auge y declinación del populismo, así como en el eventual surgimiento del neopopulismo actual.

También es necesario aclarar, desde esta perspectiva analítica, algunos presupuestos acerca del populismo latinoamericano y su ubicación en el tiempo. No todo Estado interventor es necesariamente populista, aunque éste sí lo sea, por lo menos en su accionar más conocido (distribución progresiva del ingreso, proteccionismo industrial, integración sindical). Más aún, el Estado interventor en la mayoría de los países latinoamericanos con mayor grado de desarrollo relativo precedió al populismo y éste, por su parte, no siempre se hizo presente.

Primer presupuesto: Puede haber estado interventor sin populismo, pero no lo contrario y ese fenómeno es sin duda, posterior a 1930, por lo menos en su forma más elocuente.

Segundo presupuesto: El populismo es un modo de consenso cuya validez sólo es demostrable en el Gobierno, la instancia más destacada del accionar estatal.

Tercer presupuesto: El patrón de acumulación populista tiene mayor o menor grado de viabilidad según las condiciones del capitalismo mundial al cual está integrado.

En base a los presupuestos mencionados, por un lado se deja de lado el llamado populismo temprano, referido por lo general a gobiernos reformistas de las primeras décadas del siglo, tales como el de Yrigoyen en Argentina y Batlle y Ordóñez en Uruguay; por la otra, se relativiza el surgimiento de la alternativa populista como consecuencia de la crisis de 1929, centrando el período clásico del populismo latinoamericano entre los años de la Segunda Guerra y fines de la década del sesenta.

Se explica así el agotamiento del populismo, coincidentemente con la finalización de la fase ascendente del ciclo económico desplegado entre la recuperación de posguerra y la crisis que en los setenta anunciaba el inicio de una fase descendente de duración prolongada.

Fuera de ese contexto, las experiencias populistas de la década del setenta son intentos que pueden ser considerados tardíos, tal como fue el caso del segundo gobierno de Perón⁴.

4. Horacio Tarcus. "La crisis del estado populista. Argentina 1976-1990". En *Realidad Económica*. n 107. Pág. 40-67

Un populismo tardío relativamente exitoso como el de Carlos Andrés Pérez fue posible, como veremos, por el notable incremento de la renta petrolera y las condiciones sociopolíticas imperantes en la sociedad venezolana.

El neopopulismo por su parte, puede tener dos contenidos contrapuestos. O es la negación del populismo y tiene como finalidad dismantelar el Estado interventor/benefactor o por lo contrario, es la proyección del populismo por la cual se intenta recomponer acciones estatales selectivamente abandonadas⁵.

Ambas realidades polares tienen en común la presencia de un liderazgo personalizado, un significativo apoyo popular y una crítica situación política precedente, pero si en un caso promueve de manera extrema el ajuste neoliberal, en el otro se difunde una retórica que reinstala en el Estado una responsabilidad social. Mientras que Fujimori y Menen encarnan la primera de las acepciones, Chávez parece encajar en la segunda.

Utilizando esta taxonomía, que ha logrado gran aceptación, se podría afirmar que populismo clásico, tardío y neopopulismo tienen como referentes venezolanos más representativos a Rómulo Betancourt, Carlos Andrés Pérez y Hugo Chávez, respectivamente, así como en la Argentina los son los gobiernos de Perón y Menen, aunque con diferencias significativas en cada caso nacional. En efecto, como veremos, los casos no se aproximan al modelo conceptual mas que de manera muy incompleta y en el de Hugo Chávez puede llegar a ser aún más dudosa su inclusión, pero ya se sabe que si en algo están de acuerdo los estudiosos del populismo es en su gran diversidad y en que todos se sustentan en un significativo apoyo de las clases subalternas o si se prefiere, *sectores populares*. El gobierno del Presidente Perón entre 1946 y 1955 constituye una expresión bastante acabada del populismo clásico; su segundo Gobierno de 1973-74 es un intento fallido de populismo tardío, cuyo fracaso no puede atribuirse sólo a la muerte del líder⁶. Finalmente, el decenio menemista que se inicia en 1989 es una experiencia representativa del neopopulismo actual.

Rómulo Betancourt, por su parte, fue sin duda el primer líder populista venezolano, pero ni por su discurso ni por su gobierno desarrolló en igual grado que Perón los componentes del llamado populismo clásico, a quien, sea dicho de paso, adversaba vehementemente. Carlos Andrés Pérez, durante su gobierno de 1974-79 llevó a cabo una política populista, mucho más exitosa

5. La clase dominante no renuncia al intervencionismo estatal en aquello que la favorezca en políticas fiscales, subsidios, proteccionismo, aunque promueva privatizaciones y abandono de políticas sociales. Cf. Carlos M. Vilas (coordinador). *Estado y políticas sociales después del ajuste. Debates y alternativas*. México. UNAM. Editorial Nueva Sociedad, 1995.

6. En 1974 el historiador Leandro Gutiérrez, ya fallecido, decía con inteligente ironía que Perón no podía repetirse a sí mismo. "Perón cree que Gelbard es Miranda; que Isabel es Evita y que él es Perón". *Conversación personal*.

que la del tardío populismo de Perón. Finalmente, Hugo Chávez se erige como un líder neopopulista, pero a diferencia de Menem, su discurso recuerda muchas formulaciones propias del populismo clásico, tales como el antiimperialismo, la oposición a los grandes terratenientes y un peculiar intervencionismo estatal.

En su momento, todos alcanzaron un reconocido liderazgo en la sociedad y se impusieron negando más o menos enfáticamente situaciones precedentes, autoconsiderándose fundadores de instancias políticas superadoras. Efectivamente, surgieron en medio de crisis políticas y legitimaron su liderazgo por encima de los artífices que los sustentaron (Partido o Ejército), aunque la crisis actual es de una magnitud mucho mayor a las precedentes y sus efectos son menos previsibles.

No se expone a continuación un estudio comparado de los casos argentino y venezolano; ni siquiera se compara las tres experiencias populistas venezolanas. El análisis se centra en el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez y en la perspectiva abierta por Hugo Chávez, en particular desde que asumió la presidencia.

“Venezuela. Política y petróleo”

Así denominó Rómulo Betancourt a su obra literaria más relevante, iniciada en 1937 aunque terminada muchos años después y publicada recién en 1955, durante uno de sus numerosos exilios⁷.

Tenía razón Betancourt: *política y petróleo* van juntos en la historia venezolana durante la mayor parte del siglo XX. Desde 1926 el valor de las exportaciones petroleras supera al valor de todas las demás, anunciando el fin de la Venezuela agraria y en 1928, por primera vez, la clase media esboza un tímido y confuso reclamo democratizante, expresada en las luchas estudiantiles de ese año. En ambos casos, se estaba perfilando la crisis terminal del Estado oligárquico y la entrada de Venezuela al siglo XX.

En efecto, como ha señalado Mariano Picón Salas, Venezuela entró al nuevo siglo con la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935, un dictador modernizante que bajo su firme autoridad impuesta en 1908 transformó a Venezuela sin modificar el régimen político, es decir, sin ampliar la participación ciudadana⁸.

La renta petrolera era aún insignificante comparada con épocas más recientes pero muy significativa en relación con la del sector agrario, y aunque los hacendados continuaron reteniendo la mayor parte de ambas, la estructura de clases se fue

7. Rómulo Betancourt. *Venezuela. Política y petróleo*. Caracas. Editorial Senderos, 1967. 2da edición.

8. Mariano Picón Salas. *La aventura venezolana*. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura, 1949.

modificando por efecto de la propia dinámica modernizante, emergiendo una poco numerosa pero cada vez más inquietante clase media, que pugnaba por una mayor participación política y que propugnaba también una mayor participación en la renta nacional.

Entre los estudiantes de la Generación del 28 surgieron futuros dirigentes del sistema político que se fue formando luego de la muerte de Gómez, fundándose los partidos políticos en que se sustentaría la novísima democracia venezolana, tal como el Partido Acción Democrática creado en 1941, aunque plasmado en experiencias anteriores con otros nombres⁹.

El cambio de nombre trajo consigo el abandono de algunas de las más extremas posiciones ideológicas del pasado, ubicándose tan lejos como fuera posible del comunismo y manteniendo igual distancia con el fascismo, al cual nunca habían adherido.

El Partido del Pueblo, como también se autodenomina, proponía un programa transformador para Venezuela, basado en la industrialización, la sindicalización libre, la elección directa y con participación ampliada, regulación de las ganancias petroleras de las empresas extranjeras, planes de salud y educación. En fin, al intervencionismo estatal que se venía implementando desde comienzos de la década del cuarenta, Acción Democrática agregaba un ingrediente "popular" que lo diferenciaba del régimen de transición democrática posgomecista.

Acrescentando su liderazgo interno en el seno del partido, Rómulo Betancourt alcanzó un reconocimiento aún mayor a partir de 1945, cuando conspirando contra el posgomecismo propugnaba una verdadera ampliación democrática en complicidad con militares jóvenes. En una conocida convocatoria popular realizada en Caracas el 17 de octubre de 1945, un día antes de la insurrección cívico-militar, Betancourt habló según él, como vocero casi fantástico de la multitud.

"Nunca igual que en esa noche, he sentido cómo el orador que no hace frases sino interpreta estados de ánimo colectivo, sirve de instrumento para exteriorizar sentimientos y voliciones surgidos de la multitud.(...). Cuando mi mujer (...) me preguntó qué había dicho me di cuenta que no lo recordaba"¹⁰.

Los participantes del golpe de 1945 tenían como objetivo común la

9. La democracia venezolana nació y se desarrolló como reacción antiliberal. La Generación del 28 fue una semilla que tardó en germinar, pero dejó esa impronta que en su origen tuvo influencias diversas como la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa, la Reforma Universitaria y los escritos de José Ortega y Gasset. Cf. Ricardo A. Rivas. "Ecos de la Reforma Universitaria en Venezuela". *Red de Cátedras de Historia de América*. Boletín N° 2. Rosario, 1998. Pág. 11-20.

10. Rómulo Betancourt. Op cit. Pág.233-234.

ampliación de la democracia y solamente Acción Democrática estaba resuelta a implementar políticas populares, de tal modo que las medidas que propició provocaron la ruptura de una alianza coyuntural y consecuentemente del orden institucional.

“Cuando el partido empezó a poner en práctica las leyes recién aprobadas, mejorando la situación de los campesinos por medio de la reforma agraria, la de los trabajadores por medio del movimiento obrero organizado y la economía por medio del aumento de la participación en los beneficios del petróleo, disminuyó el apoyo que contaba entre los demás partidos políticos, las fuerzas armadas y la élite”¹¹.

Los gobiernos de fuerza que se sucedieron luego de 1948 y culminaron con la dictadura de Marcos Pérez Jiménez frustraron los intentos de consolidar un régimen político de partidos democráticos que reclutara los integrantes de una instancia importante del aparato de Estado, tal como es el gobierno y desde allí, reproducir la acumulación de capital y asignar las pautas de distribución de la renta.

Diez años después, a diferencia de la dictadura de Gómez, Marcos Pérez Jiménez debía vérselas con un sistema de partidos políticos, una sociedad civil en situación de sentirse representada, una coyuntura externa que se tornó favorable y una Acción Democrática mucho más moderada, lo cual creó condiciones para instalar un régimen político democrático confiable a la clase dominante y con un generalizado consenso.

Un movimiento cívico-militar derrocó a Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958, instaurándose una Junta de Gobierno que convocó elecciones, resultando electo Rómulo Betancourt, cuyo gobierno entre 1959 y 1964 impulsó algunos cambios, tales como la Reforma Agraria en 1960 y la nueva Constitución al año siguiente¹².

11. John V. Lombardi. *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Barcelona. Editorial Critica, 1985. Pág. 235-236.

12. A partir de entonces, Acción Democrática y el Partido Social Cristiano COPEI se alternaron en el poder. El primero en el mencionado Gobierno de Rómulo Betancourt, seguido de Raúl Leoni (1964-69), de Carlos Andrés Pérez (1974-79), de Jaime Lusinchi (1984-89), un nuevo período de Carlos Andrés Pérez que no concluyó por ser destituido por el Congreso (1989-93). El segundo, bajo la presidencia de Rafael Caldera (1969-74) y Luis Herrera Campins (1979-84). La crisis política luego del segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez llevó a un acuerdo entre partidos de distinto contenido ideológico, con importante presencia de la izquierda que impuso la candidatura y el triunfo de Rafael Caldera que llegó sin el apoyo del partido Social Cristiano del cual fuera su fundador y en 1998 se produjo el triunfo de Hugo Chávez, como candidato de una coalición aún más diversa.

COPEI, siglas del Comité de Organización Política Electoral Independiente, fue creado en 1946 sobre la base de organizaciones anteriores de matriz social cristiana en las que desde 1936 trataban de agruparse jóvenes de la Acción Católica, acorde con los intereses de la derecha democrática.

Tanto Acción Democrática, como los dirigentes que con Rafael Caldera fundaron luego COPEI, apoyaron el Golpe del 18 de octubre de 1945 y desde entonces se perfilaron como la base de sustentación de la democracia venezolana, aunando esfuerzos frente a la izquierda insurgente en la década del sesenta y legitimando exitosamente el accionar del Estado.

Los partidos de la izquierda, «—pacificados—» en 1973 mediante acuerdo con el Presidente Rafael Caldera— y otros partidos menores, ampliaron aún más la base del sistema democrático sustentado en los partidos políticos, difundiendo la imagen de una fuerte democracia, bipartidizada por Acción Democrática y COPEI.

La economía petrolera por su parte, cada vez que recibía el impacto del incremento de precios, afianzaba la creencia de que se disponía de una riqueza inmensurable. De esta manera el estado, administrado democráticamente y financiado rentísticamente, desarrollaba su acción específica con una gran capacidad de maniobra.

La renta petrolera es el recurso financiero más significativo y aunque su uso en el discurso político ha diferido del uso en la política económica, en Venezuela ha sido una constante en el accionar estatal, en particular desde que lo hace con la modalidad intervencionista desde comienzos de la década del cuarenta, más aún al asumirse como Estado-benefactor desde los sesenta y por supuesto, cuando se desarrollan iniciativas populistas.

Como se dijo, desde 1926 el valor de las exportaciones petroleras superaba a la suma de los demás rubros, pero el Estado venezolano aún tenía escasa participación en las ganancias producidas y buena parte de las mismas la retenían los terratenientes a través del crédito agrícola y la regresiva distribución del ingreso.

El Estado fue adquiriendo mayor control sobre la renta petrolera, particularmente al lograr imponer a las empresas concesionarias mayor tributación a partir de 1943, convirtiendo cada vez más a Venezuela en un país rentístico, de tal manera que no sólo ejerce las funciones propias que requiere toda relación de dominación para garantizar el funcionamiento del sistema y la apropiación del plustrabajo por parte de unos en detrimento de otros, sino de apropiarse y distribuir la creciente renta generada por la explotación petrolera, sin duda con igual criterio pero como veremos, con consecuencias diferentes.

Desde 1958 la sociedad ha plasmado un capitalismo basado en la renta petrolera, arbitrada por un Estado cuyo gerenciamiento ejerce alternativamen-

te alguno de los partidos políticos hegemónicos, en el marco de un sistema de partidos que sustentan la cuarentona democracia venezolana¹³.

En esas condiciones, el Estado garantizaba las grandes ganancias de la burguesía emergente que reclamaba exenciones tributarias, proteccionismo, salarios relativos bajos y diversas medidas de fomento sin afectar en su totalidad las condiciones de vida de los trabajadores, ya que subsidios de todo tipo y el aumento del gasto público sirvieron a ese fin de contención social, situación que adquirió mayor dimensión al producirse el muy significativo incremento del precio del petróleo que hizo posible que el presupuesto nacional se cuadruplicara entre 1974 y 1978¹⁴.

En este período el Estado benefactor tuvo su mayor alcance y fue viable la modalidad populista bajo el gobierno de Carlos Andrés Pérez, cuando se pretendió transformar y engrandecer a Venezuela.

«La Gran Venezuela»

El 21 de diciembre de 1973 el Consejo Supremo Electoral proclamaba como Presidente electo a Carlos Andrés Pérez. Con casi el 48% de los votos válidos volvía Acción Democrática al Gobierno, sucediendo a Rafael Caldera, con la imagen generalizada de que el triunfo se debía más al candidato que al partido, imagen para nada caprichosa pues anunciaba el poder personal con el cual gobernaría durante cinco años, sin una oposición significativa.

En efecto, al asumir el 12 de marzo de 1974 Carlos Andrés Pérez contaba con mayoría parlamentaria y los partidos de la oposición no pusieron grandes trabas, ni siquiera los de izquierda. Si alguna oposición tuvo fue la crítica del líder de su propio partido Rómulo Betancourt, que en cierta medida se sentía traicionado por su antiguo Ministro del Interior.

El 31 de marzo Carlos Andrés Pérez obtuvo del Congreso Nacional poderes extraordinarios para administrar las finanzas por Decreto, de tal modo que cuando precisamente éstas tenían un incremento sin precedentes, el Presidente no estaba obligado a rendir cuentas. El presidencialismo venezolano llegaba

13. Sobre cuándo se inicia la democracia en Venezuela existen criterios diversos, pues mientras algunos lo fijan en el Gobierno de Isaías Medina Angarita (1941-46), otros en el golpe del 18 de octubre de 1946 y los más exigentes consideran que recién se alcanza con el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958. Manuel Caballero prefiere llamarla *sesentona*, al fijar su natalicio en 1936, luego de la muerte de Gómez, pero coincide que en 1958 se consolidó, en todo caso, una "democracia petrolera". Cf. *Ni Dios ni Federación*. Caracas. Editorial Planeta Venezolana, 1995. Pág. 272-276.

14. Dentro de una tendencia que resultaba cada vez más favorable a los países petroleros luego de la creación de la OPEP en 1960, se produjeron hechos que incidieron en el aumento del precio y en la demanda, tal como fue la guerra en el Medio Oriente en 1973 y el embargo establecido por los países árabes.

así a su máxima expresión, constituyendo con sus ministros el más importante centro de decisión que sin trabas, imponía políticas de sesgo populista¹⁵.

Los partidos políticos y las corporaciones empresariales, sindicales y militares perdieron una relativa influencia y no opusieron demasiada resistencia, adaptándose a una situación que ofrecía distribuir la renta petrolera bajo una política económica y social populista. Todos parecían conformes; los empresarios con sus ganancias, los sindicatos con el pleno empleo y el aumento de salarios, los militares con el moderno equipamiento.

Por si esto fuera poco, la izquierda, que había abandonado la lucha armada, competía en desventaja con un Presidente cuyo discurso se ubicaba en la socialdemocracia, propugnando la solidaridad en la lucha contra las dictaduras, el antiimperialismo, la integración latinoamericana y además, las universidades obtenían un presupuesto sin precedentes y se asignaban masivamente las becas Gran Mariscal de Ayacucho¹⁶.

Con el poder político y los petrodólares en sus manos, la burguesía llamada "emergente" tenía en Carlos Andrés Pérez la oportunidad que la democracia les daba para un descomunal enriquecimiento. Desde su propia perspectiva, el proyecto nacional que llamó pomposamente *La Gran Venezuela*, era la última oportunidad de la democracia para superar el subdesarrollo.

Su viabilidad se sustentaba en la renta petrolera. La nacionalización del hierro en enero de 1975 y la del petróleo un año más tarde, así como la inversión directa en la producción de otros bienes y servicios dan cuenta de un acentuado capitalismo de Estado, cuya participación en la inversión bruta llegó a superar a la del sector privado.

«El poderoso capitalismo de Estado, que se fortalece en la economía venezolana mediante el aumento y la consolidación de estas empresas, transfiere al Estado los aspectos más críticos de los conflictos de clases»¹⁷.

La política económica y social implementada por el gobierno de Carlos Andrés Pérez ponía en el Estado la responsabilidad de satisfacer las demandas de la sociedad en su conjunto, mediante decisiones tales como el control de precios al consumidor, importaciones, subsidios, aumento de salarios, protec-

15. Gene E. Bigler. *La política y el capitalismo de Estado en Venezuela*. Madrid. Editorial Tecnos, 1981. Pág. 169 y ss.

16. José Antonio Gil Yepes. "De 1976 hasta nuestros días". En VVAA. *Política y economía en Venezuela. 1810-1991*. Caracas. Fundación John Boulton, 1992. Pág. 293-379.

17. *II Mensaje del Presidente Carlos A. Pérez*. Pág. XVIII. Citado en Ricardo A. Rivas. *Proceso social venezolano. Evolución histórica de la industrialización*. Tesis de Maestría. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Universidad de Los Andes. Venezuela, 1979. Pág. 121.

cionismo, crédito a las empresas, estímulos a la generación de empleos, además de las específicamente sociales como educación, previsión, deportes, vivienda, salud.

Los empresarios producían bienes cuya concurrencia al mercado no dependía de ventajas comparativas pues se generaban con ineficiencia, salarios altos y grandes ganancias, contradicción que sólo era posible superar mientras durara la bonanza petrolera y como se sabe, nada es para siempre. Pero incluso aunque durara, la economía venezolana resultaba progresivamente más costosa en relación al crecimiento del ingreso petrolero, que además debía sostener un gasto público creciente y la llamada *corrupción administrativa*.

En 1979 las evidencias del agotamiento del proyecto populista eran inocultables, pese a que los ingresos petroleros siguieron su ascenso hasta 1981. La deuda externa, el desmesurado crecimiento de las importaciones, la inflación, la mayor desocupación y otros indicadores resultaban desalentadores, deteriorándose el pacto de dominación política vigente aunque manteniéndose el sistema de partidos.

En las elecciones de 1978 Acción Democrática resultó derrotada frente a COPEI y se incrementó la abstención. La corrupción, históricamente endémica, había alcanzado un nivel alarmante y aunque fue muy mencionada en la campaña electoral, había también otras prioridades que pospusieron su real valoración hasta la crisis de la deuda externa que estalló en 1983.

Al iniciarse la década del ochenta la burguesía venezolana comprendió que la renta petrolera no daba para todos y que era el momento de realizar un ajuste que se llamó eufemísticamente “enfriamiento de la economía” y que siguió con propuestas de apertura de carácter liberal.

“...la experiencia del gobierno de Pérez y las de los eventuales gobiernos de Luis Herrera y Jaime Lusinchi demostraron que la economía venezolana no pudo crecer desde 1974 hasta 1988 sin caer en desequilibrios macroeconómicos y que, al tratar de corregir estos últimos, la recesión y el desempleo comprometían la estabilidad social: la alternativa era estimular la oferta privada mediante la liberación de la economía”¹⁸.

Era sin duda la alternativa de la burguesía ante un pacto populista agotado, cuya hegemonía nunca le fue seriamente disputada durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Sin embargo las expectativas populares se conservaron en la memoria de todos quienes se habían creído favorecidos y en 1988 un abru-

18. José Antonio Gil Yepes. Op cit. Pág. 303.

mador triunfo electoral lo llevó nuevamente a la Presidencia con el 53% de los votos válidos.

Al igual que catorce años antes, Carlos Andrés Pérez venció pese a la dirigencia de su propio partido y sin una oposición convincente. Con él el populismo parecía retornar para la felicidad de todos y sin embargo, no pudo reeditarse a partir del 2 de febrero de 1989 cuando asumió su segundo gobierno.

En realidad, durante su campaña electoral no había sido muy explícito en cuanto a la política económica y social que llevaría a cabo, pero las expectativas basadas en la memoria resultaron frustradas al implementarse medidas de ajuste propuestas por sus colaboradores y el principal partido de oposición COPEI, en concordancia con las presiones ejercidas por importantes sectores empresariales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

La oposición de la Central de Trabajadores Venezolanos fue quizá la más contundente, ya que si bien no llevó a cabo medidas de acción directa significaba un revés político para un gobierno del Partido del Pueblo, desvaneciéndose antes de nacer, la viabilidad de un pacto populista.

La política económica y social se orientaba en otra dirección, reduciendo aranceles, privatizando y disminuyendo la generación de empleos. El déficit en las políticas sociales se manifestó en la proliferación de organizaciones civiles tendientes a presionar sobre el Estado reclamando derechos sobre educación, salud, vivienda, recreación y en muchos casos satisfaciendo directamente esas necesidades.

El ajuste neoliberal, la represión a la resistencia popular en las calles, las denuncias de corrupción y una importante oposición política generaron un debilitamiento creciente y una sensación de vacío que por primera vez en muchos años alentó a un grupo de militares golpistas, entrando en escena Hugo Chávez Frías, cuyo fracaso lo envió a la cárcel pero no salvó a Carlos Andrés Pérez, pues al año siguiente éste fue legalmente destituido, juzgado y encarcelado.

«La República Bolivariana de Venezuela»

El Consejo de la Internacional Socialista, reunido en Buenos Aires los días 25 y 26 de junio de 1999 aprobó una *Resolución sobre Venezuela* en la cual expresaba su «preocupación» por el proceso político de ese país, lamentando «el desconocimiento de los partidos políticos como institución fundamental de la democracia».

Con anterioridad, la Unión Internacional de Juventudes Socialistas reunidas en Suecia entre el 4 y el 7 de marzo había aprobado un documento similar, alertando sobre la amenaza al sistema de partidos políticos y «la manipulación populista».

La preocupación es indudablemente legítima para quienes conciben la democracia basada en el sistema de partidos políticos, pero no ha sido el gobierno de Hugo Chávez el que realmente los ha desconocido sino la sociedad venezolana que no se siente representada en ellos.

La llamada «crisis de representación» no es más que la incapacidad de la clase dominante por lograr consenso para la administración política del Estado utilizando partidos políticos en las intermediaciones con la sociedad civil¹⁹.

Los partidos políticos tradicionales, las corporaciones empresariales y la Iglesia se han mostrado incapaces de detener el avance chavista. Acción Democrática, partido que además de pertenecer a la Internacional Socialista conserva un buen prestigio internacional, trata de compensar en ese ámbito el deterioro exhibido a nivel nacional, acudiendo a instituciones como a la Secretaría General de la OEA para alertar con su inconfundible retórica democrática, sobre los peligros que asechan a la democracia venezolana²⁰.

La percepción más generalizada es que los partidos no sólo han sido ineficaces en aspectos considerados ahora cruciales como la lucha contra la corrupción, sino que han sido los responsables de este y otros grandes males que aquejan a la sociedad venezolana, destacándose un balance negativo de las cuatro décadas de gobiernos democráticos, incluido el ahora satanizado gobierno populista de Carlos Andrés Pérez y más aún su segundo gobierno, considerado el más corrupto de todos.

El cálculo –quizá exagerado– de que el monto acumulado durante veinte años por actos de corrupción ascienda a 100.000 millones de dólares está siendo esgrimido por el gobierno de Chávez al denunciar a los partidos políticos que estuvieron en el poder y a las empresas nacionales y extranjeras, responsabilizándolos del empobrecimiento del país, ya que casi triplica el total de la deuda externa²¹.

En cierta medida, se asocia corrupción con la miseria generalizada y aunque no ha faltado la acusación a la concentración de la riqueza, el impacto de la primera ha sido considerada muy significativa y con eso, la complicidad de los partidos políticos.

19. Las ponencias presentadas en el Seminario *Del liderazgo populista al liderazgo de la Venezuela posible* publicadas en la *Revista Venezolana de Ciencia Política*. N° 10. Mayo-agosto de 1995. (Mérida-Venezuela) con diversos enfoques y diagnósticos percibían la crisis, pero ninguna alcanzaba a pronosticar el alcance de la misma ni la magnitud de sus efectos.

20. Secretaría de Acción Democrática. *Carta alerta al Secretario General de la OEA*. Caracas, 11-04-98.

21. *El Nacional*. Caracas. 26-11-99. Según el Canciller José Vicente Rangel «uno de los dramas de la democracia es que la corrupción ha sido mayor en el sistema democrático que en la dictadura».

Al concluir Carlos Andrés Pérez su primer gobierno en 1979 la corrupción y la fractura del pacto populista alertaba sobre la necesidad de una estrategia alternativa que incluyera a los sectores populares.

No se hizo así, y diez años más tarde se anunciaba el principio de una crisis política que iría preparando el escenario de la situación actual.

En efecto, cuando el 27 de febrero de 1989 se produjo el estallido social conocido como *caracazo*, los sectores populares parecían indicar mediante formas espontáneas de resistencia, que estaban dispuestos a encontrar otros mecanismos de representación y sin embargo, esto no parece haber sido percibido en su real importancia por los partidos políticos ni por los analistas profesionales. No pocos lo consideraron resultado de tensiones sociales sin mayor proyección, ya que no estaban canalizados orgánicamente por ninguna institución política.

«... salvo estallidos anómalos, como los del 27 de febrero de 1989, difíciles de repetirse, su movilización requiere de organizaciones que coordinen las protestas»²².

La brutal represión fue denunciada ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y diez años después, «dolorosamente por ironías del destino» como ha dicho Hugo Chávez, le toca a su gobierno responder a nombre del Estado venezolano por aquel «genocidio», ante el cual, continúa diciendo:

«levantamos la voz con la mayor fuerza posible contra la utilización degenerada de la institución militar por parte del poder civil corrupto de Carlos Andrés Pérez»²³.

Luego del levantamiento del 4 de febrero de 1992 y la crisis que desembocó en la destitución de Carlos Andrés Pérez se pensó que el funcionamiento de las instituciones republicanas de la democracia coadyuvarían a superar la situación. La transición, a cargo del historiador Ramón J. Velázquez y la elección del nuevo gobierno conducido por Rafael Caldera, con una coalición de centroizquierda que derrotó a los dos partidos del sistema, uno de los cuales el candidato era su fundador, no alcanzó para cambiar el rumbo de lo que desde hacía bastante tiempo podía suponerse, ya que la creciente popularidad de Chávez reemplazaba la decreciente representación de los partidos.

Entre el 4 de febrero 1992 y el 15 de diciembre de 1999, esto es, entre el frustrado intento golpista y el referéndum mediante el cual se dio aprobación a la nueva Constitución Nacional, la sociedad venezolana ha profundizado una frac-

22. Miguel Vanderdijs. «Los partidos y la reforma del sistema político». En *Revista Venezolana de Ciencia Política*. Op cit. Pág. 43-78. Cita en pág. 75.

23. *El Universal*. Caracas, 1999.

tura que divide en términos sociales a dos proyectos diferenciados. Por un lado, los empresarios, la Iglesia, la dirigencia de los partidos políticos tradicionales y la prensa, a quienes Chávez define como “rancia oligarquía”, constituye un frente de las distintas capas de la burguesía venezolana cuya reivindicación más homogeneizante es el mantenimiento del sistema democrático basado en los partidos políticos. Por el otro, fracciones desencantadas de la clase media y de los partidos de izquierda, pero fundamentalmente la inmensa mayoría empobrecida.

La nueva Constitución cambia el nombre del país denominado ahora República Bolivariana de Venezuela, habilita la reelección presidencial y alarga el mandato de cinco a seis años. La potenciación del mito bolivariano, tan utilizado por todos los gobernantes desde Antonio Guzmán Blanco en el siglo pasado hasta ahora, tiene significados específicos en la clave chavista.

En efecto, el culto bolivariano servirá a los fines *sagrados de la nación*, entre otros la lucha contra la corrupción que el Libertador castigaba con la pena capital, así como el uso de la figura de Ezequiel Zamora, un caudillo de la Guerra Federal de 1859 a 1863 enfrentado a la *oligarquía conservadora*, al que algunos historiadores le asignan cualidades agraristas e igualitarias resulta ejemplar para su enfrentamiento con los grandes propietarios de tierra.

“Aquellos que tienen muchas tierras que vayan preparándose, porque o las ponen a producir o a disposición de la gente”²⁴.

Pero más allá del uso de héroes ejemplares, de un discurso confusamente socializante y de una fe democrática que muchos consideran poco sincera, el chavismo dispone con la nueva Constitución de un instrumento que cuenta con un inmenso apoyo popular. Se modifica sustancialmente la estructura política del Estado, aunque al no visualizarse un consistente bloque hegemónico y con fuerzas militares que no deben subordinarse al poder civil, el futuro inmediato es imprevisible.

La Constitución otorga un gran poder político al gobierno y establece una mayor intervención estatal como regulador de la economía y satisfactor de demandas sociales, pero la política económica y social está por definirse y eso es precisamente lo que dará contenido al proceso que está viviendo la sociedad venezolana.

Populismo o neopopulismo son palabras con distinto significado para la oposición a Chávez, aunque coincidentemente peyorativas. Quienes denuncian el advenimiento de formas autoritarias, como sinceramente creen algunos

24. *La Nación*. Buenos Aires, 15-12-99.

dirigentes políticos, ven en el populismo el instrumento abortivo de las instituciones democráticas. Quienes temen un intervencionismo estatal, como cree con igual sinceridad gran parte del empresariado, ven en el populismo una inconveniente estrategia de acumulación, tal como lo ha explicitado un ex asesor del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional:

«El peor escenario es aquel en que prevalece el populismo y las restricciones al flujo de capitales y el comercio juegan su habitual papel demagógico. (...) Chávez debe elegir el futuro de Venezuela. Si abre la economía y ajusta la tasa cambiaria, irá hacia el crecimiento y la estabilidad. Si opta por un estatismo populista, el 2001 será un año de crisis»²⁵.

El ingreso petrolero a sido auspicioso durante este año y la lucha contra la corrupción está siendo encarada, de tal modo que es viable desarrollar una política económica y social que atienda aunque sea en parte las demandas sociales más urgentes, aún en las condiciones mundiales de un capitalismo globalizado que propugna e impone un neoliberalismo a ultranza.

Esto es posible porque el intervencionismo estatal, tal como lo propicia la Constitución, no afecta a las inversiones privadas extranjeras en el sector petrolero e incluso las alienta en otras áreas como el gas, la petroquímica y la electricidad, lo cual sin duda es parte de una estrategia nacional, tal como lo establece el Artículo 303.

Pero ésta es sólo una probabilidad entre otras del supuesto populismo, según se defina por su forma o por su contenido, pues el *estilo* populista no es más que eso, una *forma*; el *contenido* será dado por la manera en que se distribuya la riqueza, más allá del discurso providencialista que se difunda.

Es factible que la puja por la distribución de la renta provoque nuevas tensiones, pero la vigencia de instituciones democráticas pueden coadyuvar a que el arbitraje estatal permita construir un nuevo consenso y si bien difícilmente se logre *sembrar el petróleo* para transformar la estructura productiva, como proponía Arturo Uslar Pietri en 1936, es factible que por lo menos, se alcance a mejorar las condiciones de vida del sufrido pueblo venezolano²⁶.

Las democracia, en éste y en todos los casos, más que necesaria es imprescindible.

25. Rudi Dornbusch. «Venezuela en la hora decisiva». *La Nación*. Buenos Aires, 20-12-99

26. La frase se convirtió en una consigna nacional, al punto que Acción Democrática, tan distante del prestigioso intelectual venezolano, la tomó para sí, aunque supuso otra paternidad. Cf. Arturo Uslar Pietri. *Medio milenio de Venezuela*. Caracas. Monte Avila Editores, 1991. Pág. 429 y ss.